

LA CRISIS DE LA PAREJA, O LA SOLEDAD ELECTRONICA

POZUELO

DE F6 a E4 caballo come dama». La voz del ajedrez electrónico; apagada, monocorde, imperturbable. Con un leve acento; el de un norteamericano que hubiese aprendido el castellano en Lérida.

Mira el tablero, hace el movimiento y la detestable máquina lo va corroborando, mientras enciende y apaga las lucecillas correspondientes en el tablero: «F6... E4». La bestia fría le ha comido la dama. «Pero yo te desenchufa», dice con voz de media cólera a la española, marcando bien su condición humana. Desenchufa, y la soledad da un paso más, un último salto de caballo de ajedrez, y ya ha llenado todas las casillas de la habitación. Es como una humedad fría en la tapicería de los sillones, un rocío en las superficies de las maderas. Va a buscar en el libro de pequeña moda entre los intelectuales, el párrafo que debe consolarle: «La aventura a la vuelta de la esquina». «¿Para qué sirve una pareja? Para nada. Es un objeto inútil,

una relación arbitraria. «Está claro, lo que ha perdido es una relación arbitraria. Puede sustituirse con otra relación arbitraria. Aprieta nerviosamente el teclado del teléfono; los dedos tienen la memoria de la clave, él ni siquiera sabe formularse el viejo número: el de la pareja de antes de la última pareja. Sale el contestador automático: «Hola, soy la casa de Dora, y estoy sola, muy sola. Mi amita se ha ido a bailar. Si es usted hombre, vaya a Pachá, que está allí. Con un traje muy incitante, hummm. Si no quiere, grave un mensaje tierno cuando suene la señal...». La muy imbécil, siempre haciendo teatro, y mimo, y

monada. Pero le parece que sobre todo ello prevalece siempre el timbre del magnetofón; hay más de registro grabado que de temblor de hembra. Trata de recordar que Dora ha tenido siempre algo de repetitivo, de robótico; algo que no acababa de llenar nunca, definitivamente, la soledad. Cuelga sin dejar mensaje.

Es sábado y llueve. Y sufre de un capítulo de sociología: la crisis de la pareja. Cualquier reflexión sociológica es terrible un sábado por la tarde. Y más, si llueve. Podría intentar un viejo ejercicio que se practicaba mucho en la etapa anterior de la tribu: leer. Pero hay días en que parece que se han leído todos los libros del mundo. «*La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres*», decía Mallarmé; sería, más bien, *malaimé*. Tiene una risita sardónica, la fugaz alegría del propio chiste; no se lo puede contar a nadie. *Hélas!* Debe ser muy difícil colocar bien el *hélas* en una conversación fluida. ¡Una conversación fluida! Sobre, por ejemplo, la tristeza de la carne. Por lo visto, ya existía antes de Wojtyla, a juzgar por Mallarmé. Pero Mallarmé estaba casado en Suiza con una gobernanta alemana; ¿como no iba a encontrar triste la carne?

La crisis de la pareja... Hemos tenido tanto miedo de desindividualizarnos que ya no sabemos amarnos. Tiene pensamientos de tango; querría



LA CRISIS DE LA PAREJA

subirse a un estrado de un bailongo, con el ronco rezongo del bandoneón —las frases de los tangos son las que más se graban en la memoria; más que las de Mallarmé— y cantar su desventura. Le saldría, quizá, un editorial. Lo esboza; pero es incapaz de la abstracción, tiene que imaginarlo publicado. Lo supone en «ABC»: «Muchas veces hemos repetido que la crisis de la pareja es uno de los males de la sociedad contemporánea; sinuosamente preparada por fuerzas que no dicen su nombre para desmoronar la estructura más sólida, el tejido más firme, de Occidente. Secundamos en su lucha a la voz de la Iglesia, con su magisterio que sólo se puede discutir por intereses páfidamente disfrazados de modernismo. ¿Hay voz más moderna, más actual que la de Juan Pablo II cuando condena la sustitución de lo espiritual por la concupiscencia? Reflexionemos un momento en quiénes son los que con más falso sentido científico atacan la pareja y su función social, y encontraremos en todos ellos un mismo espíritu de destrucción de los valores en que nos sustentamos. Droga y terrorismo, ataques a la familia, navajeros en las calles —¿hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?— son intolerables agresiones a un sentido de la vida y de la propiedad. No es tanto el respeto a la mujer lo que inspira el feminismo, sino la necesidad de romper este eslabón sagrado de la transmisión de las tradiciones generación por generación...»

Un consuelo: un buen editorial es siempre un consuelo. Le da pie para un ejercicio: averiguar qué fuerzas ocultas, qué sinuosos enemigos de Occidente, le han dejado solo en una tarde de sábado, con el tic de la lluvia en los cristales, y un pequeño torbellino de hojas en la calle vacía. El carácter indeciso de nuestra sociedad. O que la llevó una tarde a ver «Macbeth», y otra a la Sala Olímpica. Probablemente, la lectura continuada de «El País». Un teniente coronel escribía, tiempo atrás, que «El País» era como «Pravda» y que echaba cortinas de humo sobre los graves males de nuestra sociedad. ¿Cómo hubiera escrito «El País» el editorial de la crisis de la pareja? «La juventud actual tiene un concepto perecedero del amor. Teme perder la corona de su condición de rey de sí mismo, como Eduardo VIII perdió la de Inglaterra por la señora Simpson. No olvidemos a la señora Simpson: a veces encarna en Felipe González, a veces en Fraga Iribarne. Es lo que ha quedado de Lady Macbeth; el residuo de una degradación histórica. La degradación

histórica del pasado, un pasado de sangre mezclada con el aroma de 'todos los perfumes de la Arabia', tiene esta regeneración —no olvidemos el regeneracionismo de Azaña— que está comenzando a aparecer en una juventud radical que tiende al hallazgo de lo perecedero de todas las verdades. Esto lo ha llevado a sus relaciones personales; que breves y afortunadamente efímeros monstruos inmutables califican este nuevo instinto de 'crisis de la pareja' parece algo relacionado con la actual campaña contra el divorcio; una afirmación del matrimonio tiene en sus bocas el sabor metálico del dinero, la moneda antigua del intercambio de intereses sobre el que se construyó una sociedad burguesa que no soporta, ahora, su propia evolución. La pareja no está en crisis. Pero no dejará de estarlo si se la quiere considerar como en la antigüedad —tan inmediata— de la que salen estos monstruos que ni siquiera tienen la condición de mutantes; como un encadenamiento, como una hipoteca de un futuro cuya estofa se ignora. Voces mitradas, desde un desconocimiento práctico de la realidad, aunque desde una posición moral que nunca hemos tratado de discutir...»

Hay un movimiento compulsivo, y una memoria de dedos sobre el teclado; vuelve a oír la tontería grabada, espera la señal y pone, sin querer, la voz del robot de ajedrez: «Dora... soy yo... Seguro que reconoces mi voz... Verás, estoy solo; me he quedado solo. Y tu dijiste que, bueno, si en alguna ocasión... bueno... Ya sabes mi número... Yo, lo de ir a Pachá, no me atrevo...» Cuelga. Se arrepiente. No hay manera de borrar el mensaje. Puede dejar otro. Dora se reirá, cuando vuelva a casa: si vuelve a casa. ¿Y si viniera? Podría probar, durante

algún tiempo. Sin comprometerse, claro está, para siempre. Como un juego, como una diversión. Quitándole dramatismo a la pareja.

También podría disfrazarse de contemporáneo para ir a Pachá. Por algún sitio hay una gorra de marino que se dejó olvidada Vicent, y quizá pueda entrar todavía en los pantalones de pana con un foulard Príncipe de Gales, haría un conjunto irresistible... Se ve en el espejo, y se imagina ya con el alegre disfraz, buscando entre luz y sombra, entre decibelio y decibelio, a Dora; arrancándola a la pareja de baile —ya se sabe que una pareja de baile no es nada— y diciéndola breves, fugaces y brillantes tonterías... Pero el espejo le devuelve un rostro cansado por el insomnio, adelgazado. El rostro de la época de Franco.

«Hola. Soy chess challenger diez, su oponente electrónico. Selección su nivel...» Ha vuelto a enchufar, y le parece que la voz suena con una ironía. La hay, de hecho, en que le incite a seleccionar su nivel: no lo tiene, le gana la máquina —¿qué fuerzas oscuras la inventaron, qué sinuosos propósitos de enemigos la programaron?— en el menos uno. Va colocando las piezas. Ha arreciado la lluvia, y el viento. «De E2 a E4, peón mueve.» Una partida solamente. Luego se dejará caer en el sillón —húmedo de soledad— a ver a Marilyn Monroe: hoy es su ciclo, y sale cegata. ¿Sabían, ya entonces, que la miopía era un gran impulso para el erotismo?

La tarde se alarga, camina una vez más hacia la nada. La voz del robot va dando sus respuestas implacables. El vendedor del almacén le ha dicho que en un solo día ha vendido quinientos ajedreces electrónicos. Es el problema de la soledad. De la crisis de la pareja. ■ POZUELO.

